

SI ME PRECISAN, ACÁ VOY A ESTAR

ROSA ACEVEDO

Federico Castillo



TALLER  
PLASTICA



“Acepto lo que venga”, dice Rosa. Menuda, mirada firme, cara curtida, ojos cansados. 52 años. 11 hijos. Nueve nietos. Rosa está en una pequeña oficina de Trampolines, este centro educativo para niños y preadolescentes en la ciudad de Las Piedras que ella no duda en definir como su segunda casa. Así de comprometida, así de cómoda está Rosa en este lugar. Pero también con una sensación agridulce, casi nostálgica, que la comienza a invadir. Es el penúltimo año de su hija Kiara, la última de sus 11, en Trampolines. Sabe que es el lazo que hoy la está uniendo con este centro y no quiere que se desate. Ni tiene que decirlo pero por las dudas lo dice: “Mi vida está muy ligada a esto, demasiado”. Y agrega: “Me da mucha tristeza en el corazón que mi hija se tenga que ir”. Kiara empezó en Trampolines a los seis años y ahora está por cumplir doce, la edad límite para poder estar en este sitio en el que pasa su tiempo después de salir de la escuela y aprende percusión, cocina, manualidades, serigrafía. Donde se divierte y encuentra contención. Y donde Rosa parece ser parte fundamental. Con su trabajo callado, su presencia, con sus ganas de hacer y ayudar sin demandar nada más a cambio que un lugar donde pertenecer. Martín, el coordinador de Trampolines, la define: “Es una referente. Es una madre que siempre está. Hagas lo que hagas, con Rosa puedes contar. Y eso me emociona porque no es fácil encontrar personas así, tan comprometidas”. Rosa escucha y baja la cabeza con algo de genuino pudor. “Acepto lo que venga”, dirá varias veces durante la charla.

Es un día de sol. Hace algo de frío pero un sol fuerte y luminoso le da calor al mediodía. Afuera, en el patio, hay una ronda de niños que imitan divertidos los movimientos de un

profesor de percusión. Se golpean partes del cuerpo, las piernas, el pecho, y sacan sonidos desde ahí. Rosa los mira por una de las ventanas. Trampolines es un lugar dominado por la presencia y la lógica infantil, con sus juegos, sus corridas y sus ruidos, pero es también un ancla para los padres. Un espacio que sirve como punto de encuentro para los adultos y sus propios temas. Y en eso Rosa también tiene su que ver. Ella impulsa e integra un grupo de madres y padres que son referentes y se encuentran cada quince días para tener una actividad en conjunto. Ahí hablan sobre los límites, los problemas de los niños, pero también sobre lo que pasa adentro de sus casas, de sus rutinas, de sus problemas. “Nos desahogamos. Hay confianza. Y hablamos mucho. Hay una hora que es para nosotros.” Dice que es la “más vieja” y que ya todos la conocen y saben todo de su vida. Acaso es de las pocas con cero falta en esas reuniones. “Pasamos lindo. Te podés reír, podés llorar. Hablamos hasta de lo más íntimo que pasa en tu casa, sobre la vida matrimonial. Me ayuda a desahogarme cantidad”. Después de la charla, hay tiempo para planificar acciones para ayudar a Trampolines: rifas, canastas, lo que sea. “Me encanta apoyar en todo”, dice. En esos encuentros además siempre hay un hueco para planear el broche de oro de cada año que es un paseo de ese grupo de madres y padres referentes por distintos puntos del Uruguay. Piriápolis, Quiyú, Minas, han sido algunos de los destinos. Cuando Rosa, esta mujer de 52 años que nació y vivió toda su vida en Las Piedras, habla de esas actividades le brillan esos ojos cansados.

A Trampolines lo conoció por pura casualidad. Fue hace más de diez años, cuando uno de sus hijos, Emiliano, comenzó a ir. Emiliano estaba matando el tiempo en la plaza de la ciudad y lo invitaron a participar de este proyecto que en un principio nació orientado a atender la situación de calle de niños y adolescentes en Las Piedras y que después amplió la

población para cubrir las necesidades recreativas y educativas de quien las necesite, independiente de cualquier condición social. A Emiliano le gustó el lugar, se lo contó a su madre, y Rosa ya no se pudo desligar de Trampolines. Por ahí han pasado muchos de sus hijos y también algunos de sus nietos.

“Es un lugar de distracción”, define Rosa. Pero también de aprendizaje. A Rosa, por ejemplo, le es de mucha ayuda que su última hija, que ya está entrando en la adolescencia, reciba información en los talleres sobre sexualidad. “No sé lo que hablan porque mi hija es muy reservada. Yo fui criada en un tiempo que era todo tabú. Tu madre no te explicaba. Aprendías mientras te estabas desarrollando. No soy muy abierta en esas cosas, me da vergüenza hablar con ella de cosas que me parece que están mal que yo las hable. Fui criada así”, se justifica.

Su vida no ha sido fácil, pero no se queja. Acepta. “Mi vida es muy sencilla”. Se crió en Las Piedras, terminó la escuela y empezó a trabajar. A revolverse en la labor rural de las quintas de la zona y como empleada doméstica en los pocos ratos libres que le pudo dejar la crianza de sus once hijos. Hoy se desempeña como acompañante de una señora mayor con Alzheimer. Es un trabajo que consiguió gracias al Sistema Nacional de Cuidados y que la tiene ocupada hace un año. En su casa vive con su actual compañero y con Kiara. El resto de sus hijos ya dejaron el nido. “Todos tienen su vida. Felices y contentos pero cada uno en su hogar. Pienso que es así la vida, puedes juntarte para un cumpleaños, a una reunión y después cada uno a su chiquerito. Es mi manera de pensar, no sé si está bien. Si me precisan, estoy. Pero mientras no, cada uno en su vida.”

Hay una fecha que tiene marcada con precisión de calendario: 23 de agosto de 2013. Ese fue el día que la operaron de un cáncer de mama. Y otra vez aparece Trampolines en su

vida. Rosa transitó la enfermedad con la contención de esa red de padres y educadores que conoció en la que hoy es su segunda casa y a la que no hubo cáncer que la haya podido mantener alejada. “Las primeras quimios fueron difíciles pero a los pocos días ya estaba haciendo mis cosas, normal”, cuenta. “Soy una persona que no sabe estar quieta. A esta enfermedad nunca la acepté. La tomé como algo que vino y punto. Nunca me afectó la cabeza ni me puse triste, ni nada. Hay otras personas que se deprimen...para nada”, confiesa Rosa. “Acepto lo que venga.” Otra vez su latiguillo. Asegura que se lo dice todo el tiempo a sus hijos: “Si viene algo es porque te toca pasar por eso. O son pruebas o son desafíos. Y hay que aceptarlos”. Toda una actitud ante la vida. “Si pasa algo es porque llegó mi hora. Hasta aquí llegué y punto.”

Martín, el coordinador, la escucha hablar y asiente con firmeza. Sabe que lo que está diciendo más que palabras son hechos. Ni la enfermedad le sacó las ganas de ayudar. De estar. “Para el proyecto es fundamental tener a la familia de aliada. Y Rosa es la muestra de eso, motiva a otras madres a que estén. Es el puntal que las acompaña.” Rosa, con sus brazos apoyados sobre la falda, su actitud enérgica, su cara curtida, sus ojos cansados, vuelve a lamentar que el próximo sea el penúltimo año de su hija en Trampolines. Pero deja un mensaje: “Si me precisan, acá voy a estar”.